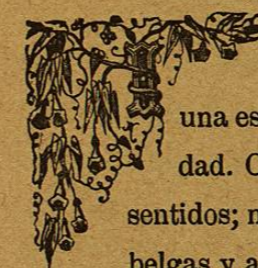


una mujer que un hombre. La suerte de Porcia y la suerte de madama Rolland lo demuestran y patentizan de sobra. Murieron muerte violenta Porcia y Bruto; pero éste después de haber combatido y aquella bajo el peso de una rota, en lo cual no tomara ella parte ninguna y por lo mismo que no tomara parte ninguna, mucho más dolorosa, mucho más triste, mucho más desesperada que la rota y muerte de su marido, el cual podía consolarse con que, después de su adversa batalla, no tenía recurso á que acudir, ni medio que apurar. Pues algo de esto sucedió á la esposa de Rolland. Continuemos su historia.



## CAPÍTULO SÉPTIMO

El ejército y el clero bajo la gobernación girondina.



IMPOSIBLE comprender los acontecimientos épicos del período que historiamos ahora, sin acordarse de la demencia colectiva reinante, como una especie de moral é intelectual epidemia, sobre los ciudadanos en su totalidad. Congregado un Parlamento, del cual tiraban fuerzas iguales en opuestos sentidos; marrada la primer expedición libertadora por Dumouriez á las fronteras belgas y alemanas dirigida; incierto y perplejo el generalísimo Lafayette sobre si convenía ó no convenía la guerra misma en que ya estaba empeñado, y así manteniéndola con flojera, en traición rayana; rota la escuela jacobina en dos fracciones, á las cuales ya les daba la vulgar lengua carácter belicoso llamándola con los nombres de sus dos jefes, tan irreconciliables enemigos, llamándolas á la mayor y más numerosa robespierista, como á la menos, y más influyente por estos días, puesta en el gobierno, brissotista; encrespado el espíritu público por anuncios tan temerarios como el de una regia fuga próxima; delatado el comité austriaco en la Cámara como consecuencia del terrible fenómeno de la indisciplina y dispersión del ejército en los combates; trastrocada la quema sencilla de un libelo infame, al desarreglo colectivo de los nervios, en quema de documentos donde constaban las maquinaciones palaciegas contra la libertad y la patria: el Rey de Francia en discusión pública escandalosa con el alcalde de París; condensándose la irrupción allende las líneas del Rhin y del Mosela; subía el terror de todos á los últimos grados y todos sospechaban de sus correspondientes vecinos bajo la pesadumbre del cúmulo de



adversidades amontonadas sobre aquella sociedad en delirio. Así, como todo estaba en guerra, los partidarios del Rey se regocijaban de las derrotas del ejército en las fronteras y los partidarios del gobierno se indignaban de este regocijo, llamando enemigos del pueblo á los regocijados. Resaltaban entre todos estos los guardias de Corps, la guardia real, como denominamos nosotros al cuerpo militar encargado especialmente de custodiar y de seguir la persona del Rey. Grande falta este regocijo, que debía costar arroyos de sangre á las venas de Francia y traer á la postre un destronamiento de los Reyes, el cual se acerca poco á poco, y sin remisión y sin remedio, en estas circunstancias. El Congreso Constituyente había establecido y organizado la guardia real para defensa y honra de las regias personas, en tanto que estas regias personas representasen el régimen parlamentario con fidelidad y sus guardias guardasen á una con vigilancia y celo, no ya el cuerpo de los Monarcas, el cuerpo de la Constitución y de las leyes. Pero como los Monarcas estaban creídos de tener derechos anteriores y superiores á los que gozaban por las nuevas instituciones los franceses y Francia; como se imaginaban una entidad superior á las entidades constitucionales, y sugerían en todos los circunstantes alrededor suyo la idea de que, consagrándoles á ellos, sus jefes naturales por el nacimiento y la herencia, fidelidad ciega, consagrábase también á la patria, no les iban á la mano en sus alardes y en ardidés contra la Constitución. Entre las escenas más curiosas del período que se dilata desde la reunión de los Estados federales hasta el advenimiento de la Gironda y sus secuaces al gobierno, hay una que ha quedado en la memoria y anales del tiempo, cuya evocación y remembranza viene ahora de molde, y se ajusta de suyo al relato como anillo al dedo. Un día muy agitado corre la noticia por París de que han preso los reaccionarios al entonces popular duque de Orleans en el Bastión y castillo de Vincennes. Amotínase la multitud y corre á demoler tamaña fortaleza como demolió la Bastilla. Lafayette, colocado desde los comienzos del movimiento revolucionario en la triste alternativa de atajar con sus fuerzas las pasiones revolucionarias, movidas por ideas, manda el célebre miliciano Santerre á conjurar el conflicto, que al fin y á la postre se conjura. Pero, mientras tanto los nobles, apercebidos á la emigración ya; los gentileshombres, despachados del servicio por la nueva organización constitucional del Palacio; los realistas de pendón y caldera como debíamos llamarles por sus blasones, entran en la cámara real con aire de manifestación tumultuosa, y sacando cada cual de ellos un puñal, empiezan á blandirlos todos en el aire, y á jurar, blandiéndolos, por ellos y por la cruz de las espadas, redimir al Rey del cautiverio y acabar con la revolución regicida. Este acto, unido á los innumerables que acusaban la conspiración palaciega, determinó muchísimo la discordia entre pueblo y trono, haciendo á la postre que se convirtiera el trono en cadalso y el pueblo en verdugo de los Reyes.

Corren los últimos días del mes de Mayo de mil setecientos noventa y dos. El Congreso está ya en solemne sesión, cuando aparece por la barra el alcalde, Pétion, y pide que

los diputados le oigan. Efectivamente, la Cámara le oye. Pétion pronuncia un declamatorio discurso, el cual no parece informe de autoridad inferior á la superior; parece artificioso ensayo de retórico párrafo que escoge por tema la Revolución. Para el Alcalde, París no tiene pero, la Milicia Nacional no tiene achaque, la luz del espíritu público no tiene desmayo ni eclipse; pero todos los reaccionarios de Francia se han refugiado en la capital y urdido una especie de conspiración aleve, cuyos efectos se sienten por todas partes, y cuyo centro no se halla en ninguna; por lo cual sólo puede ofrecer la seguridad completa de que procurará el bien común procurando la pública paz. Pero los diputados no se creen, dado su calor político, en el caso de guardar las consideraciones guardadas por el Alcalde, y Basire corre á la tribuna, donde, no sin manifestar antes cómo le duele hacer oficio de delator y formular una delación, designa responsables del malestar público y reos de conspiración patente contra la patria y su libertad á los guardias del Rey. Los conspiradores, valiéndose de la sombra del pabellón militar que les diera el Poder legislativo, trocaron el cuerpo destinado á cuidar del jefe del Estado Constitucional, en cuerpo enemigo de la Constitución. Así la condición impuesta para las selecciones indispensables de los ciudadanos, que debían ingresar en el cuerpo, se burló, y los buenos patriotas, enviados por las provincias para que ingresaran en las filas, cayeron á los miasmas de las corrupciones y á las maniobras de los corruptores en grandísimo desaliento. Y como prueba del aserto, los diputados se ven á todas horas requeridos por mozos patriotas de la Guardia Real, pidiendo rayen sus nombres de las listas y envíen sus personas á los respectivos lugares, para evadirse de toda complicidad en la reacción. Aristócratas de abolengo, Catilinas de salón, emigrados impacientes, reclutas exaltadísimos, curas injuramentados, suizos de los que se dejan matar como bueyes á las puertas del palacio de los monarcas, románticos de Coblenza, cortesanos sin otra ocupación que conspirar, condés y marqueses á quienes debían quemar los labios en un cuerpo formado por la revolución los títulos por la misma revolución abolidos; los seminaristas y los sacristanes; cien y cien elementos de ruina componen tal numeroso ejército de retrogradación, que si la Cámara no acude con pronto remedio, podría caer de espaldas la patria en el abominado feudalismo. Estos conspiradores insensatos, reparten libelos execrables contra el gobierno y la Cámara, entre los camaradas patriotas; imprimen un gallo en la empuñadura de sus espadas con una corona encima, símbolo del premeditado y apercebido retroceso; aplauden sin tasa las derrotas del ejército nacional en las fronteras; hacen manifestaciones indecentes contra los poderes públicos y designan á los primeros estadistas con apodos vejatorios y deshonorosos; anuncian que antes de quince días tomarían á París los alemanes, pasan las noches en orgías donde, bebidos y exaltados, desnudos los fables, prometiéndose á sí mismos atravesar con sus filos el corazón de los patriotas y tener sobre sus puntas la Monarquía de los Artois; atentados á la soberanía nacional por los cuales, propone se licencie la guardia del



Monarca y se deje la defensa del Palacio al cuerpo de suizos. Aplauso casi unánime acoje tal proposición, y antes de votarla, después de haberla con entusiasmo aclamado, se buscan nuevas demostraciones justificativas de la necesidad y justicia del propuesto decreto. Con efecto, los inválidos habían visto la noche anterior sus centinelas reemplazados por centinelas de la Guardia Real; un oficial, después de haber impreso el juramento á las leyes, se había retractado en público; un mozo de Cantal se había presentado con una certificación de probado patriotismo para ingresar en la guardia, y los conspiradores le acababan de decir que no querían tener compañeros facciosos; y así poco á poco se urdía una conspiración, cuyas mallas era necesario romper á toda prisa.

Especies tales sobreexcitaban mucho los ánimos y ponían fuera de sí á los realistas. El diputado Fournot gritaba pidiendo que no se permitiesen aplausos en el salón, y menos en las tribunas, malherido por los que se consagraban á semejante ley, tan depresiva del Monarca. Y mientras esto pedía un diputado de la derecha, consiguiendo únicamente que las tribunas vociferaran voces revolucionarias y los reunidos en ellas aplaudieran á una con manos y con pies, Couthon propone un atentado tan terrible á la Constitución como que se prescindiera del veto al promulgar las leyes disolviendo la Guardia Real. Oír esto y levantarse como un energúmeno Dumas, diputado de la derecha, fué obra de un minuto, exclamando: «hemos venido á mantener las leyes, no á violarlas.» Pero el entusiasmo contra la Guardia Real crecía, en términos de convertirse la Cámara de los diputados en el club de los jacobinos. Y Masurier propone, con general asentimiento, no sólo disolver la Guardia, castigar al jefe. Llamábase Brissac este militar, designado á las iras del Parlamento por conspirar contra el Parlamento. Pero no hay que hacer caso en tales horas críticas de la superficie; hay que ahondar en lo profundo: tras Brissac aparecía el Rey. La disolución de la Guardia Real era lo que menos importaba; importaba más la disolución del partido realista. Y lo peor del caso consistía en que los precedimientos de Antonieta lo autorizaban todo con prestar culto externo á las leyes y culto interno á las conjuraciones. Así los diputados devotos de la moderación y de la prudencia, los que sostenían términos conciliadores, otros muchos tratando de controvertir la cuestión constitucionalmente y ver la parte que á cada cual de los poderes públicos tocaba en la formación y abrogación de toda ley, no eran oídos de la general efervescencia, que demandaba, delante del peligro y de la invasión resoluciones dictatoriales en su forma, y en su fondo revolucionarios. La reorganización pedida por Lacroix tampoco alcanzaba favor; todos á una sentían impaciencia y los impacientes pugnaban por una extirpación inmediata. Así, cuando Gaudet se levantó á pedirla y comenzó diciendo que la guardia del Rey estaba ilegalmente organizada, un aplauso ruidoso cubrió su voz, sobreexcitando más y más el odio de los revolucionarios al cuerpo amenazado, y el entusiasmo por este mismo cuerpo de los ciegos realistas. En la regularidad constante de nuestras sesiones legislativas, montadas ya de antiguo, y funcio-

nando bajo una observada reglamentación, apenas puede comprenderse hoy lo que sería una discusión en las tres asambleas revolucionarias: en la Constituyente, ó en la Legislativa, ó en la Convención. Mas, por fortuna, el *Diario* de las Cámaras francesas del tiempo aquel ahí está; las crónicas parlamentarias también; y por ello podemos fingirnos lo que sería una de las sesiones en que se controvertían asuntos como la disolución del Cuerpo Real de Guardias y se deliberaba sobre la suspensión del veto, ilegalidad equivalente á una revolución, acto de dictadura por un poder asestado á los demás poderes, demostrando cómo se había salido del período revolucionario, y cómo, por culpa de todos, no se podía mantener la Constitución. En el momento de hablar Guadet, un diputado de la derecha, enemigo implacable del opinante, le interrumpe con furor, y le dice con descaro que hable como un lógico y no como un declamador. Contra lo que pasa entre nosotros, enemigos de todo derecho penal en nuestras asambleas, el Parlamento francés decretaba penas á sus miembros, no sólo pecuniarias, sino personales y afflictivas. Así, en cuanto resonó un desacato tal, oyéronse atronadoras voces pidiendo, no solamente que fuese llamado al orden al interruptor temerario, sino enviado á la cárcel. Lasource toma la palabra entre las voces del tumulto, y dice á Guadet que no haga caso, pues quieren los energúmenos de la derecha empujarle fuera de la tribuna para que no hable, y todos sus correligionarios están resueltos á mantenerlo en la palabra y á defender su derecho. Y no está Lasource solo en discurrir así. Mr. Debroy pide con él que sea enviado á la cárcel quien osó perturbar el debate insultando á un colega. El Presidente ruega, movido por consejos de varios diputados, que presente las necesarias excusas, y pida el perdón y el olvido de sus palabras tan audaz interruptor. Con efecto, se levanta éste á explicarse, y en vez de dar explicaciones, dice nuevas especies burlonas é indecentes como las anteriores. El clima ó temperatura del Parlamento parecía el clima ó temperatura de un horno; en el cual sólo se pueden forjar instrumentos de guerra civil.

Al ver que Foudriers agrava su falta, en vez de corregirla, se levanta Lacombe airadísimo y demanda sea codo con codo atado y expedido á la cárcel. Foudriers no se arredra; su temeridad raya en lo inverosímil é insulta de nuevo, no á sus colegas tan sólo, al Parlamento diciendo: «he sufrido seis meses á mis colegas, que me sufran ellos á mí seis minutos.» El escándalo crece á tal insolencia en proporciones increíbles. Ducos exclama entre aquel tumulto, «estaba en la tribuna Mirabeau, y como un diputado interruptor le llamase charlatán, el gran orador contestó á este insulto con su desprecio y dijo que pasase la Cámara sin reparar en ello á su orden del día.» Girardin apoya que se tome un acuerdo análogo en aquel incidente y no es oído, la Cámara decide perseverar con el escandaloso debate. Muchos diputados continúan exclamando: «Que se le impongan al interruptor tres días de cárcel.» Foudriers continúa y persevera en sus insolencias. «Si llamándome al orden, pudierais restablecerlo en todas las provincias, yo votaría con vosotros